

NICOMEDES GUZMÁN

PAISAJES EN LA OBRA DE
CARLOS PEZOA VELIZ

(De lo geográfico y humano en su poesía y en su prosa)

Es curioso. Mientras más nos acercamos y más profundizamos en la obra de este gran poeta, nos parece más sorprendente. Sorprendente por varias circunstancias, motivos e impresiones. Porque de todo hay en su obra, este todo siempre ennoblecido por un poder de vida, de alud emocional, de concreción humana, que se impone de tal modo que el tiempo mismo se detiene —y ésta no es figura meramente literaria— con la respiración en suspenso para asistir al espectáculo vastamente hermoso de su poesía simplísima.

Si así como vamos a veces de excursión, por caminos y serranías, por playas y dunas, nos encaminamos al pasado de nuestra literatura, y no un pasado muy lejano, digamos aquel que comienza en la primera década del presente —que parece ser el tramo inicial de nuestro vigor creativo—, y miramos serenamente, como a un cielo primaveral, las páginas de nuestros autores más característicos, y respiramos de su aire y de su atmósfera, husmeando lo más vital, o sea, lo más valedero, nos topamos con que cada valor tiene su bien encuadrada personalidad, digamos, su oxígeno, su olor, su fragancia, su calor, su frialdad, su tibieza... Lo inconfundible. Y para ejemplo, allí podrían estar Pedro Antonio González y Manuel Magallanes Moure, en el verso; y Baldomero Lillo y Augusto D'Halmar, en la prosa. Huelgan los análisis acerca de ellos. Son, lo repetimos, lo inconfundible.

El caso de Carlos Pezoa Véliz, en cuyo mundo penetramos una vez más, exactamente cuando se enteran cincuenta años de su muerte material, es bien diferente. Acaso ninguno de los integrantes de su generación ofrezca más alucinadas facetas para el afrontamiento de su verdad expresional y creadora. El poeta sombrío y fatalista, como se le ha llamado, dio, y está dando, más luces que las que pudiera suponerse, a una realidad de dentro y de fuera del hombre chileno, de dentro y de fuera de la tierra nacional.

El fenómeno literario Carlos Pezoa Véliz es sintomático en el proceso de maduración de nuestra poesía. Desde luego, es difícil encontrar a su antípoda en cuanto a instinto, a primitividad creadora. La vastedad de su lírica, sujeta a los más variados ritmos, a los altibajos de todas las músicas y a la rigidez de diversos metros, nos comunica con un poeta de natural dominio, de poderoso empuje, de violenta imaginación, observándose esta última muy bien condicionada por la realidad y el medio. De aquí lo que en él pudiera llamarse naturalismo.

El asunto no deja de ser curioso. Pero, vistos los versos de Pezoa Véliz, descúbrese que su emoción se encuentra muy lejos de la de sus contemporáneos, y siendo poeta por mandato si se quiere selvático, la fuerza de su decir está más cerca y se emparenta a la de los prosistas de su tiempo, Baldomero Lillo, específicamente.

Esto, descartada la obra de rasgos románticos, al estilo de Manuel Magallanes.

Así, caprichosamente, se nos ocurre que nuestro poeta tuvo como maestros, más que a Hugo y los románticos franceses, a Enrique Heine, por un lado, y a los naturalistas, como Zola, y al mismo Daudet, sin descartar la ruda concepción narrativa de Máximo Gorky.

Si así fuere, podría comprenderse la vigencia de permanente paisaje que se observa en su obra más vigorosa, sea en prosa o en verso. Vigencia de paisaje, aquilatado éste como una medalla: anverso, el espectáculo natural, la realidad geográfica, el medio; reverso, lo humano, lo sentimental, la protesta social, el apego al desamparo y a la esperanza de los hombres (y con los hombres, los animales, pues no olvidemos que cuando la vara mágica de su poesía se acercó a un "perro vagabundo", supo humanizar su vida, del mismo modo que humanizó la música de "el organillo", instrumento que él sorprende en plena simbiosis con quien gobierna su manija). Luego, ambos paisajes se confunden o se alternan, lo mismo que si la medalla fuese lanzada al aire en una mañana plena de sol y sus caras se convirtiesen, girando vertiginosamente, en una esférica, única y dinámica brillantez.

Lo primero:

"En la apacible alegría
de este crepúsculo claro
muere santamente el día;

aquí, allá prende una guía
o repercute un disparo.”

“Ya no hay carros en la rampa;
la huella se alarga; en ella
la mula su paso estampa,
y asoma una que otra estrella
cual si ansiara ver la pampa.”

Lo segundo:

“O pasa un peón hacia abajo
acariciando el orgullo
que naciera junto al rajo:
si él ha sido del trabajo,
el trabajo ha sido suyo.”

.....

“Ya se han ido los muchachos
del convoy . . . Los han seguido
los robustos dicharachos,
las barretas, los capachos,
las carretas . . . Ya se han ido.”

“Sólo el bravo Pedro Ureta
no descansa: cava, suda,
rompe la llanura escueta
y sepulta su piqueta
bajo la costra nervuda.”

Y lo tercero:

“Y en la apacible alegría
de este crepúsculo claro
va a encender la última guía,
pues que es el último día
y es el último disparo,”

“Mañana vendrá el lastrero
que sale al sol de Calama;
él será en partir primero:
irán con él, su dinero,
su brazo fuerte, su fama.”

“¡Cinco años ya de servicio!
Granja, Puntunchara, Noria...
Se hizo indiferente al vicio:
La pampa era el sacrificio
y era también la victoria.”

Estos, que parecieran cartabones versificados, tomados de “De Vuelta de la Pampa”, vitales de una música que es como el viento desmelenador de los desiertos del Norte Grande de Chile —traspasados de *chuca*—, son las síntesis de una costumbre muy típica en la poesía de Carlos Pezoa Véliz. Son como el voltaje y el volteo de su lírica: paisaje y hombre, hombre-paisaje o paisaje-hombre.

Sin embargo, es común sorprenderle, en la maraña muchas veces sobrecogedora de sus versos, entonando una canción en que el paisaje, aunque se halle confundido con lo humano, es deleite casi bucólico:

“Junto a la gruta de las quebradas,
donde las aguas alborotadas
charlan de asuntos sin ton ni son,
hay una casa de corredores,
donde hay palomas, tiestos con flores
y enredaderas en el balcón.”

“Es una casa de tres ventanas
donde la madre luce sus canas
con argumentos de algo gentil,
y unos modales llenos de gracia
que hacen más grave la aristocracia
de su aire místico y señorial.”

(“Al amor de la Lumbre”).

“Bienvenido, padre Otoño. Tu alma puebla
las viviendas donde el viejo hastío efluvia;
la tristeza es una hermana de la niebla,
mi tristeza es una hermana de la lluvia.

“La tristeza amarillenta de las hojas
da a las hojas leves toques de agonía
y fallecen sin dolor las tintas rojas,
como enfermas de incurable poesía.”

(“La Primera Lluvia”).

Hay en la poesía perenne de Carlos Pezoa Véliz, una alternativa donde los elementos son el paisaje visual, impresionista, geográfico, y la catadura humana en dinámico movimiento donde, a su vez, se impone la melancolía, que en él es siempre ritmo, canción, cálido sonsonete de iluminada amargura. Pero la alegría también le asiste en constantes cortejos. Dejemos aquellos aguafuertes poemáticos suyos que son “Entierro de Campo”, “Nada”, “Teodorinda”, “Pena de Azotes”, “El Pintor Pereza”, “El Organillo”, “Pancho y Tomás”, y tanta expresión nacida de su observación y de su sensibilidad maravillosamente alertas, y encaminémonos a un espectáculo deliciosamente rudo, creado como una pieza magistral de sólida vida disparada hacia el secreto infinito de la naturaleza en libertad:

“El porte grave, el porte de esta robusta vaca
de cuernos recortados. El aire distinguido
de ésta que es corniabierta y ésta que es tan retaca,
marchan al pasto alegre donde rumia el marido.
Sopla un aire robusto... ¡Salud, señor paisaje!
¡Es usted tan potente! ¡Y es usted tan salvaje!”

(“Fecundidad”)

No es menester seguir enteramente este historial lírico, de una potencialidad clásica de forma y rotunda de vida, para entender en la magnitud soberbia la poesía que ejercía este creador sorprendente que fuera y que es Carlos Pezoa Véliz. Fallecido casi al cumplir tres décadas de existencia,

nosotros estamos comprobando ahora cómo se puede vivir, a pura voz magistral, en medio de la muerte misma, que en el caso suyo tiene cincuenta años de edad. Así, en estos meses, bien se pueden celebrar cincuenta años de una poesía viva sobre el pelaje de cincuenta años de sangre muerta.

Y ello puede rubricarlo la exaltación que Carlos Pezoa Véliz nos dejó del entendimiento de la naturaleza y sus ansias de continuidad:

“Oiga usted, buena moza que las vacas ordeña,
más blanca que la leche de las vacas la sueña
mi juventud. Sus pechos deben ser aún más blancos...
(El pastor le echa el ojo por los mórbidos flancos) ...
Oiga usted, buena moza. Mire el sol: una brasa...
¿Ve usted a la potranca? ¡Pues ella se solaza!
¿Y nosotros? ¡La sangre se me enciende, pastoral!
Dame un beso. ¡Otro beso de tus labios! Ahora
mira cómo en los campos la carne de las frutas
tiritita; cómo crecen oleadas disolutas.
Mira cómo la vida revienta. Mira cómo
el viento ama a las tierras y les araña el lomo...
La pastora se calla. El pastor tiembla y mira;
luego se va acercando. La pastora suspira...”

(“Fecundidad”)

Es poco menos que imposible encontrar en la poesía nacional de Chile un poema descriptivo tan rotundamente vigoroso y alegremente rudo como este “Fecundidad” de Carlos Pezoa Véliz.

El demuestra, una vez más, de las miles de veces, su permanente condición de decir la vida en perfecta confluencia de naturaleza y humanidad, de tierra y hombre, de geografía y sentimiento.

En seguida, sin ser analistas estéticos ni sociales, recalquemos que son también sintomáticas de su talento de bien definido escritor, sus prosas críticas entre las cuales sobresalen aquellas en que afronta la interpretación del hombre chileno y su medio. Duro y penetrante, se adentró en la psicología de algunos personajes típicos, y de esta incursión obtuvo frutos de grande trascendencia para quienes quieran acercarse al pueblo sin temor y mirarlo en su entera desnudez espiritual. Y ello, mediante esa intuitiva seguridad, tan suya, de entender al hombre en razón de medio, que pudiera ser paisaje, o paisaje que intentara humanizarse.